

A close-up, black and white portrait of Ayaan Hirsi Ali. She is looking slightly to the right of the camera with a neutral expression. Her hair is pulled back, and she is wearing a dark, high-necked garment. The lighting is dramatic, highlighting her facial features against a dark background.

Ayaan Hirsi Ali

Nómada

Del Islam a Occidente,
un itinerario personal y político

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Nómada

Ayaan Hirsi Ali

Nómada

Del Islam a Occidente,
un itinerario personal y político

Traducción de
Gemma Deza Guil

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

*A Chris DeMuth, el sustituto de Abeh,
mi amigo, mentor y guía en Estados Unidos,
con respeto y amor*

Imran bin Husain narró:
Dijo el Profeta: «Miré en el paraíso y vi que
la mayoría de sus habitantes eran gente pobre.
Y miré en el infierno y vi que la mayoría
de sus habitantes eran mujeres».

HADIZ, SAHIH BUJARI 4:464

Introducción

He sido nómada toda mi vida. He vagado por el mundo, desarraigada. Me he visto obligada a huir de dondequiera que me he establecido y he apartado de mí todas las certezas que me han enseñado.

Nací en Mogadiscio, en Somalia, en 1969. Siendo aún muy niña, mi padre fue encarcelado por formar parte de la oposición política a la brutal dictadura de mi país. Escapó de prisión y huyó al exilio. Cuando yo tenía ocho años, mi madre nos llevó a mis hermanos y a mí a vivir con él en Arabia Saudí. Un año después nos expulsaron de allí y emigramos a Etiopía, donde el grupo opositor en el que militaba mi padre había instalado su cuartel general. Unos dieciocho meses más tarde, volvíamos a mudarnos, esta vez a Kenia.

Cada cambio de país me arrojaba desprevenida a un nuevo idioma y a un modo de pensar radicalmente distinto. Y cada vez yo realizaba un esfuerzo desesperado por adaptarme. La única constante en mi vida fue la inquebrantable devoción de mi madre por el islam.

Mi padre abandonó Kenia y a nosotros, su familia, cuando yo tenía once años. No volví a verlo hasta cumplidos los veintiuno. Durante su ausencia, y por influencia de una maestra, me había convertido en una musulmana ferviente y piadosa. Había regresado, por un período de ocho meses, a Somalia, donde presencié en primera persona el estallido de la guerra civil, el caos y la brutalidad del gran éxodo de 1991, que con-

llevó el desplazamiento de la mitad de la población y la muerte de 350.000 personas.

A los veintidós años, mi padre me ordenó que me casara con un pariente, un completo desconocido para mí que vivía en Toronto, Canadá. Se suponía que en el trayecto de Kenia a Canadá tenía que hacer escala en Alemania, donde recogería mi visado canadiense y podría así proseguir mi viaje. Pero una sensación instintiva de desesperación me impulsó a escapar. Me subí a un tren con destino a Holanda. Aquel periplo fue incluso más desgarrador que todas mis anteriores singladuras. El corazón me palpitaba con fuerza al pensar en las consecuencias de mis actos y en cuál sería la reacción de mi padre y de mi clan al descubrir que me había fugado.

En Holanda descubrí la amabilidad de los desconocidos. Yo no era nadie para aquellas personas y, sin embargo, me alimentaron y me dieron cobijo, me enseñaron su idioma y me permitieron aprender cuanto quise. Holanda funcionaba de un modo distinto a todos los países donde previamente había habitado. Era un lugar pacífico, estable, próspero, tolerante, generoso y profundamente bondadoso. A medida que fui aprendiendo a hablar neerlandés empecé a formularme un objetivo de una ambición casi intolerable: estudiar Ciencias Políticas para descubrir por qué aquella sociedad, impía a mis ojos, *funcionaba*, mientras que el resto de las sociedades en las que yo había vivido, por muy musulmanas que proclamaran ser, estaban podridas por la corrupción, la violencia y el engaño.

Durante largo tiempo zozobré entre los ideales manifiestos de la Ilustración que me habían enseñado en la universidad y mi sumisión a los dictados igualmente taxativos de Alá, que tanto temía desobedecer. Mien-

tras me abría camino en la universidad como traductora del neerlandés al somalí para los servicios sociales holandeses conocí a muchas mujeres musulmanas en circunstancias adversas, tanto en hogares para mujeres maltratadas como en las cárceles o en clases de educación especial. Jamás até cabos; de hecho, creo que me esforcé por evitar atarlos, de modo que no supe ver la conexión entre su creencia en el islam y su pobreza, entre su religión y la opresión de las mujeres y la ausencia de libertad y de posibilidad de elegir.

Por irónico que parezca, fue Osama Bin Laden quien hizo que la venda se me cayera de los ojos. Tras los atentados del 11-S me resultó imposible seguir pasando por alto sus proclamas de que la destrucción de vidas de inocentes (infeles) es coherente con el Corán. Busqué en el Corán y descubrí que así era. Para mí, eso implicaba renunciar a ser musulmana. Más aún, en aquel preciso instante caí en la cuenta de que hacía mucho tiempo que había dejado de serlo.

Al expresar públicamente estas reflexiones empecé a recibir amenazas de muerte. Paralelamente se me propuso que me presentara al Parlamento neerlandés como miembro del Partido Liberal por la Libertad y la Democracia. El hecho de ser negra y mujer y de ir acompañada con frecuencia por un guardaespaldas me dio mucha visibilidad como diputada. Pero estaba protegida. No ocurría lo mismo con mis amigos y colegas. Colaboré con el cineasta Theo van Gogh en el rodaje de una película que describía cómo el islam somete a las mujeres; tras ello, Theo fue asesinado por un fanático musulmán, un hombre de veintiséis años nacido en Ámsterdam.

Escribí unas memorias tituladas *Mi vida, mi libertad* acerca de mis experiencias. En ellas narraba lo afortunada que me sentía por haber escapado de lugares don-

de la gente vive en tribus y donde los asuntos de los hombres se rigen de acuerdo a los dictados y las tradiciones de la fe, y lo feliz que era de habitar en un lugar donde las personas de ambos sexos viven en igualdad en tanto que ciudadanos. Relaté los azares que determinaron mi errática infancia: el temperamento volátil de mi madre, la ausencia de mi padre, la voluntad antojadiza de los dictadores, cómo lidiamos con las enfermedades, las catástrofes naturales y las guerras. Describí mi llegada a Holanda y mis primeras impresiones sobre la vida en un lugar donde los individuos no se convierten en súbditos de tiranos ni están gobernados por los dictados de la estirpe del clan, sino que son ciudadanos de gobiernos que ellos mismos eligen.

Esbocé, si bien sólo a grandes rasgos, el asimismo trascendente viaje que al mismo tiempo mi mente emprendió. Formulé algunas de las preguntas que me venían al pensamiento y describí los primeros pasos que tuve que dar para hallar un sentido al nuevo mundo en el que me había adentrado, así como las experiencias que me indujeron a cuestionarme mi fe en el islam y en las costumbres de mis progenitores.

Mientras escribía *Mi vida, mi libertad* imaginaba que mis viajes habían terminado. Pensaba que iba a permanecer para siempre en Holanda, que había echado raíces en su fértil suelo y que nunca tendría que desarraigarme de nuevo. Pero estaba equivocada. La diferencia estriba en que esta vez no huí a la fuerza. Emigré a Estados Unidos, como tantas personas antes que yo, en busca de la oportunidad de construirme una vida y una existencia libre y segura, una vida a un océano de distancia de todas las contiendas que había presenciado y del conflicto interior que me había atormentado. El presente volumen, *Nómada*, explica por qué elegí Estados Unidos.

He recibido incontables muestras de aliento y apoyo por parte de lectores de *Mi vida, mi libertad* procedentes de todo el mundo. Sin embargo, estos mismos lectores me han planteado también algunas preguntas que no abordé en aquellas páginas. Me han inquirido acerca del resto de mi familia, acerca de las experiencias de otras mujeres musulmanas. Me han preguntado por activa y por pasiva si mi experiencia representa un caso arquetípico, si soy ilustrativa de una realidad. *Nómada* responde a esa pregunta. Este libro no versa únicamente sobre mi errática vida por Occidente, sino también sobre las vidas de muchos otros inmigrantes, sobre las dificultades filosófica y materialmente reales de personas, sobre todo mujeres, que viven en una cultura musulmana tradicional y profundamente cerrada, situada a su vez en el seno de una cultura abierta. Analiza la colisión entre los ideales islámicos y los ideales occidentales. Aborda el choque de civilizaciones que yo y millones de personas hemos *vivido* y seguimos viviendo.

Cuando emigré a Estados Unidos e inicié el proceso de anclarme en un nuevo país, se abatió sobre mí la profunda y para mí desconocida añoranza que siguió a la muerte de mi padre en Londres. Entablé de nuevo contacto con parientes lejanos –mis primos y mi hermanastra– que residen en Estados Unidos, el Reino Unido y otras partes del planeta, y descubrí la trágicamente inestable base sobre la que se apoyan sus vidas. Una de mis primas tiene el sida, la otra ha sido acusada de asesinar a su marido y un tercer primo envía todo el dinero que gana a Somalia para sustentar al clan. Todos ellos afirman ser leales a los valores de nuestra tribu y de Alá. Son residentes permanentes y ciudadanos de los países occidentales en los que habitan, pero sus corazones y mentes viven en otro lugar.

Sueñan con un tiempo en Somalia que jamás existió, un tiempo de paz, amor y armonía. ¿Echarán alguna vez raíces en sus nuevos hogares? Parece improbable. Mi descubrimiento de sus tribulaciones es uno de los temas de *Nómada*.

¿Y qué?, pensará el lector. En todas las culturas existen familias disfuncionales. A Hollywood le encanta filmar películas de familias judías y cristianas atípicas. La diferencia radica en que, bajo mi punto de vista, la familia musulmana disfuncional representa una verdadera amenaza para la urdimbre misma de la vida occidental.

La familia es el crisol de los valores humanos. En ella se adiestra a los niños para que practiquen y promuevan las normas de la cultura de sus padres. Es en el seno de la familia donde se establece un ciclo de lealtades que pasa de generación en generación. Precisamente por ello es fundamental que entendamos la dinámica de la familia musulmana, puesto que en ella, entre otras cosas, hallaremos la clave para desentrañar la permeabilidad de tantos jóvenes varones musulmanes al radicalismo islámico. Las familias son la principal vía por la que las teorías de la conspiración viajan desde las mezquitas y las madrazas de Arabia Saudí y Egipto hasta los salones de los hogares de Holanda, Francia y Estados Unidos.

Son muchos quienes en Europa y Estados Unidos impugnan las tesis del choque de civilizaciones entre el islam y Occidente. Sin embargo, una minoría radical de musulmanes cree firmemente que el islam se halla bajo asedio, y dicha minoría está decidida a ganar la guerra santa que ha declarado a Occidente. Su objetivo último es restaurar el califato teocrático en los países musulmanes e imponerlo en el resto del mundo. Un grupo mucho más extenso de creyentes, la mayoría

de ellos afincados en Europa y en Norteamérica, opina que los actos terroristas cometidos por sus hermanos de fe desatarán una reacción violenta e indiscriminada contra todos los musulmanes. (De hecho, son pocas las pruebas que insinúen que tal reacción violenta está teniendo lugar, si bien tal percepción, alimentada por los radicales, persiste entre los inmigrantes musulmanes.) Este sentimiento colectivo de ser objeto de persecución impulsa a muchas familias de musulmanes afincadas en Occidente a aislarse en guetos construidos por ellos mismos. En el seno de tales guetos, los instigadores del islam radical cultivan su mensaje de odio y buscan soldados rasos para luchar como mártires en defensa de su distorsionada visión del mundo. Los jóvenes infelices y desorientados de las familias inmigrantes disfuncionales son los reclutas perfectos para la causa. Habida cuenta de la continua inmigración procedente del mundo musulmán y de la tasa de nacimiento notablemente mayor entre las familias musulmanas, desatender este fenómeno supone un gran peligro.

En tanto que lo he conocido desde dentro, puedo dar luz a tal problema simplemente vinculándolo con el relato de mis años de formación, relato que a su vez incluye los de mis hermanos y otros parientes. Con *Nómada* pretendo describir cuál fue la relación –o la ausencia de relación– que entablaron mis padres en el más íntimo ámbito de la familia, qué expectativas depositaron en sus hijos, cuál fue su filosofía sobre la educación de los hijos, la crisis de identidad que legaron a su progenie, sus discrepancias en torno a la sexualidad, el dinero y la violencia, y, por encima de todo, el papel de la religión en la deformación de nuestra vida familiar.

En ocasiones me pregunto qué habría sido de mí si mi padre no nos hubiera abandonado en Kenia. De haber permanecido a nuestro lado, me habrían casado a una edad mucho más temprana y jamás habría reunido el valor ni se me habría presentado la oportunidad de huir en búsqueda de una vida mejor. Si mi familia no hubiera emigrado de Somalia o si mi madre se hubiera salido con la suya y me hubiera retenido en casa en lugar de enviarme a la escuela, las semillas de mi rebelión tal vez no habrían germinado, esas semillas que me inspiraron para imaginar una vida por mí misma distinta a la que estaba acostumbrada y a la que mis padres habían previsto para mí. Muchas circunstancias y decisiones en mi existencia quedaron fuera de mi control y sólo ahora, con la perspectiva que da el tiempo, atisbo las oportunidades que me permitieron tomar las riendas de mi destino.

Descubrí a las duras que sobrevivir entre los dos sistemas de valores, cabalgar a horcajadas sobre la sima que separa Occidente del mundo islámico y vivir una vida llena de ambigüedades —con una apariencia externa de modernidad y confianza en mí misma mientras en el interior me inclinaba por la tradición y la dependencia del clan— atrofia el proceso de convertirse en una persona individual. Me apesadumbraba la perspectiva de dejar que mi padre tuviera que hacer frente a la cólera de nuestro clan tras mi huida y me torturaba mentalmente al imaginar las repercusiones de renegar del islam, repercusiones que no recaerían sobre mi persona, sino sobre mis padres y sobre otros parientes. Sufrí muchos momentos de debilidad en los que incluso barajé la idea de renunciar a mis necesidades y sacrificar mi felicidad personal en pro de la paz de espíritu de mis progenitores, mis hermanos y mi clan.

En otras palabras, mi viaje errante fue por encima

de todo mental, incluso en su última fase, en mi periplo de Holanda a Estados Unidos. No sólo salvé varios miles de kilómetros: la mía fue una travesía por el tiempo, a través de los siglos, que me llevó desde África, un continente donde las personas pertenecen a sus tribus, hasta Europa y Estados Unidos, donde las personas son ciudadanos, pese a que el concepto de ciudadanía pueda diferir considerablemente entre un país y otro. A lo largo del camino hubo multitud de malentendidos, expectativas y decepciones, y también numerosas lecciones que me sirvieron como aprendizaje. Averigüé que una cosa es decir adiós a la vida tribal y otra muy distinta llevar a la práctica la vida de un ciudadano, intento en el que muchos miembros de mi familia habían fracasado. Y no son en absoluto los únicos.

En la actualidad, aproximadamente una cuarta parte de la población mundial se define como musulmana, y los diez principales países generadores de refugiados son igualmente musulmanes. La mayoría de las personas desplazadas se dirigen hacia Europa y Estados Unidos. Y el volumen de migración procedente de los países musulmanes probablemente se incrementará en los años venideros, pues la tasa de natalidad en dichos países supera con creces a la de Occidente. Las «familias problemáticas», como la mía propia, serán cada vez más habituales, a menos que las democracias occidentales aprendan a integrar mejor a los recién llegados a sus sociedades e ideen modos más eficaces de convertirlos en ciudadanos.

Detecto tres barreras principales a este proceso de integración, ninguna de las cuales es exclusiva de mi familia. La primera es el trato que el islam dispensa a las mujeres. El islam reprime la voluntad de las niñas. Para cuando éstas empiezan a menstruar han perdido ya su voz y voto. Se las cría para convertirse en robots

sumisos que sirven en el hogar como mujeres de la limpieza y cocineras. Se les exige que acepten al marido que su padre ha elegido y, tras la boda, se consagran a los placeres sexuales de sus esposos y a una vida de maternidad. A menudo su educación concluye cuando no son más que unas niñas, motivo por el cual devienen absolutamente incapaces de preparar a sus propios hijos para convertirse en ciudadanos normales de las sociedades occidentales modernas. Sus hijas repiten el mismo patrón.

Algunas niñas obedecen. Otras llevan una doble vida. Algunas escapan y acaban en las garras de la prostitución y las drogas. Unas cuantas consiguen abrirse camino por sí mismas, como fue mi caso, e incluso pueden llegar a reconciliarse con sus familias. Cada historia es única, pero el factor común es que las mujeres musulmanas se ven obligadas a lidiar con un control familiar de su sexualidad mucho más férreo que las mujeres de otras comunidades religiosas. A mi modo de ver, éste es el principal obstáculo en la senda de convertirse en un ciudadano íntegro, y no sólo para las mujeres, sino también para los hijos que éstas crían y los hombres en los que tales hijos se convertirán.

La segunda barrera, que puede antojarse trivial a los ojos de algunos lectores occidentales, es la incapacidad de muchos inmigrantes procedentes de los países musulmanes para gestionar el dinero. La actitud islámica con respecto a los préstamos y las deudas y la falta de educación de las mujeres musulmanas en cuestiones financieras implica que la mayoría de los nuevos inmigrantes lleguen a Occidente sin la menor preparación para afrontar el apabullante despliegue de oportunidades y obligaciones que la moderna sociedad de consumo les presenta.

Un tercer impedimento es la socialización de la men-

te musulmana. Los musulmanes crecen en la creencia de que Mahoma, el fundador de su religión, era perfectamente virtuoso y de que las restricciones morales que impuso no deben jamás ponerse en tela de juicio. El Corán, según se le «reveló» a Mahoma, se considera infalible: es la palabra de Alá, y todos sus mandatos deben obedecerse sin rechistar. Esto convierte a los musulmanes en personas mucho más vulnerables al adoctrinamiento que los creyentes de otras fes. Más aún, la violencia endémica a tantas sociedades musulmanas –la cual comprende desde la violencia doméstica hasta la celebración incesante de la guerra santa– agrava la dificultad de convertir a las personas de ese mundo en ciudadanos occidentales.

En consecuencia, podría resumir los tres obstáculos a la integración de personas como los miembros de mi propia familia con tres palabras: sexo, dinero y violencia.

En la última parte de *Nómada* sugiero varios remedios. Occidente tiende a responder a los fracasos sociales de los inmigrantes musulmanes con lo que podría denominarse «racismo por bajas expectativas». Esta actitud occidental se funda en la idea de que las personas de color quedan exentas de los patrones «normales» de comportamiento. Una clase bienintencionada de personas sostiene que las minorías no deberían compartir todas las obligaciones que la mayoría se ve obligada a cumplir. En los países liberales y demócratas, las mayorías son blancas y la mayor parte de las minorías la componen personas de color. Sin embargo, el grueso de musulmanes, como de los demás inmigrantes, emigran a Occidente no con la perspectiva de quedar confinados en una minoría, sino con

la esperanza de una vida mejor, una vida segura y predecible que les permita disfrutar de mejores ingresos y brindar una buena educación a sus hijos. Para conseguir todo esto, en mi opinión, deben aprender a desprenderse de algunos de sus hábitos, dogmas y prácticas y sustituirlos por otros nuevos.

En Occidente abundan las buenas personas que trabajan por reubicar a los refugiados, que reprenden a sus conciudadanos por no participar de manera más activa en este proceso, que donan dinero a organizaciones filantrópicas y que luchan por erradicar la discriminación. Presionan a los Gobiernos para que eximan a las minorías de los patrones de comportamiento de las sociedades occidentales, luchan por ayudar a las minorías a conservar sus culturas, y excusan la religión de éstas del escrutinio crítico. Son personas bienintencionadas, no albergó la menor duda. Sin embargo, creo que su activismo bienhechor forma parte del mismo problema que pretenden solventar. Hablando sin tapujos: sus esfuerzos por ayudar a los musulmanes y a otras minorías son fútiles porque al posponer o, en el mejor de los casos, prolongar el proceso de su transición a la modernidad, creando la ilusión de que uno puede regirse por las normas tribales y simultáneamente convertirse en un ciudadano normal, los defensores del multiculturalismo encierran a las generaciones posteriores nacidas en Occidente en una tierra de nadie de valores morales. Lo que se presenta envuelto en un lenguaje compasivo de aceptación es, en realidad, una forma cruel de racismo. Y es especialmente cruel porque se expresa con palabras edulcoradas de virtud.

En mi opinión, existen en la sociedad occidental tres instituciones que podrían facilitar la transición a la ciudadanía occidental de estos millones de nómadas

procedentes de culturas tribales. Son instituciones que compiten con los agentes de la *yihad* por los corazones y las mentes de los musulmanes.

La primera es la educación pública. La Europa de la Ilustración alumbró las escuelas y universidades amparadas en los principios del pensamiento crítico. La educación tenía por objeto ayudar a las masas a emanciparse de la pobreza, de la superstición y de la tiranía mediante el desarrollo de sus habilidades cognitivas. Con la difusión de la democracia a lo largo de los siglos XIX y XX, el acceso a estas instituciones basadas en la razón fue ampliándose de manera constante. Niños de todos los extractos sociales aprendían no sólo matemáticas, geografía, ciencia, lengua y literatura, sino también las habilidades sociales y la disciplina necesarias para alcanzar el éxito en el mundo una vez dejaran atrás las aulas de enseñanza. La literatura ampliaba y desafiaba su imaginación, ofreciéndoles la posibilidad de sintonizar con personajes de otros lugares y épocas. Esta educación pública estaba orientada a formar ciudadanos, no a preservar el aislamiento de las tribus, la santidad de la fe o cualquiera que fuera el prejuicio del momento.

En cambio, muchas escuelas y campus de Occidente han optado en la actualidad por mostrarse más «considerados» con la fe, las costumbres y los hábitos de los estudiantes inmigrantes que pueblan sus aulas. Regidos por una educación errónea, se refrenan de desafiar abiertamente las creencias de los alumnos musulmanes y de sus padres. Los libros de texto minimizan la importancia de las reglas fundamentalmente injustas del islam y lo presentan como una religión pacífica. Las instituciones de la razón deben desembarazarse de estas anteojeras autoimpuestas y volver a invertir en estimular la capacidad del pensamiento

crítico, por poco bienquistos que estos resultados sean para ciertas personas.

La segunda institución que puede y debe actuar de manera más proactiva es el movimiento feminista. Las feministas de Occidente deberían abordar la difícil situación de la mujer musulmana y abrazarla como causa propia. Su objetivo debería ser instruir a la mujer musulmana para que encuentre su propia voz. Las feministas occidentales poseen un amplio bagaje de experiencias y recursos a su disposición. Tres deberían ser sus objetivos primordiales a la hora de ayudar a sus hermanas musulmanas. El primero de ellos, garantizar que las niñas musulmanas tengan la libertad de completar su educación; el segundo, ayudarlas a recuperar la propiedad de sus propios cuerpos y, por consiguiente, de su sexualidad, y el tercero, asegurarse de que las mujeres musulmanas tengan la oportunidad no sólo de adentrarse en el mercado laboral, sino de permanecer en él como mano de obra. A diferencia de las mujeres en los países musulmanes y de las mujeres occidentales en el pasado, las mujeres musulmanas afrontan en Occidente las limitaciones específicas que sus familias y comunidades les imponen. No basta con clasificar sus problemas como «violencia doméstica»; son problemas domésticos en la práctica, pero legales y culturales en su naturaleza. Deberían acometerse campañas destinadas a destapar las circunstancias y restricciones especiales y la violencia doméstica que soportan las mujeres musulmanas, así como los peligros a los que se enfrentan en Occidente, al tiempo que se educa a los hombres musulmanes en la importancia de la emancipación y la educación de las mujeres, y se los castiga cuando aplican la violencia contra ellas.

La tercera y última institución a la que extendiendo mi llamamiento de superar este desafío es la comunidad de

iglesias cristianas. Personalmente me he convertido al ateísmo, pero he encontrado a muchos musulmanes que afirman necesitar un anclaje espiritual en sus vidas. He tenido el placer de conocer a cristianos cuyo concepto de Dios es muy alejado del de Alá. Practican un cristianismo reformado y en parte secularizado, que podría resultar un aliado sumamente útil en la batalla contra el fanatismo islámico. El Dios cristiano moderno es sinónimo de amor. Sus representantes en la tierra no predicán el odio, la intolerancia ni la discordia; su Dios es misericordioso, no anhela el poder estatal y no concibe la ciencia como un rival. Sus seguidores contemplan la Biblia como un libro repleto de parábolas, no de mandamientos directos que deban obedecerse. En los tiempos que corren existen dos extremos en el cristianismo, y ambos son responsabilidad de la civilización occidental. El primero lo integran aquellos que maldicen la existencia de otros grupos. Interpretan la Biblia literalmente y rechazan las explicaciones científicas para la existencia del ser humano y la naturaleza en nombre del «diseño inteligente». Estos grupos cristianos fundamentalistas invierten mucho tiempo y energía en convertir a personas. Sin embargo, gran parte de lo que predicán entra en conflicto con los principios nucleares de la Ilustración. En el otro extremo se sitúan quienes aplacarían el islam, como el líder espiritual de la Iglesia de Inglaterra, el arzobispo de Canterbury, quien vaticina que la implementación de la *sharía* o ley islámica en el Reino Unido es inevitable. Quienes se adhieren a un cristianismo moderado, pacífico y reformado no son ni tan activos como el primer grupo ni tan ruidosos como el segundo. Pero deberían serlo. El cristianismo del amor y de la tolerancia sigue constituyendo uno de los antídotos más potentes que Occidente posee frente al islam del odio y de la intolerancia. Los

musulmanes convictos encuentran en Jesucristo una figura más atractiva y humana que Mahoma, el fundador del islam.

Mi tiempo como nómada se aproxima a su ocaso. Mi destino final ha resultado ser Estados Unidos, al igual que para tantos otros humanos errantes durante más de dos siglos. América es hoy mi hogar. Para bien o para mal, comparto mi destino con los norteamericanos y me gustaría compensarles por su generosidad al ampararme en esta sociedad libre y única que han creado y compartir con ellos las opiniones que he ido acumulando a lo largo de mis años como nómada musulmana tribal.

El mensaje de *Nómada* es claro y puede determinarse desde el principio: Occidente necesita urgentemente competir con los yihadistas, los defensores de la guerra santa, por los corazones y las mentes de sus propias poblaciones inmigrantes musulmanas; necesita proporcionar una educación dirigida a romper el hechizo del Profeta infalible, a proteger a las mujeres de los dictados opresivos del Corán y a promover fuentes alternativas de espiritualidad.

El contenido de *Nómada*, como el de *Mi vida, mi libertad*, es en gran medida subjetivo. No afirmo estar en posesión exclusiva de una solución única e inapelable para convertirse en un ciudadano integrado. Por definición, la naturaleza humana no se presta a establecer categorías nítidas de «asimilable» y «no asimilable». No existe ningún manual que contenga la receta para una reconciliación fácil y libre de obstáculos con la modernidad. Cada individuo es un mundo y debe lidiar con las oportunidades y los obstáculos que se le presenten. Y lo mismo vale para las familias y las

comunidades confrontadas a dos desafíos que siempre van de la mano: adoptar un nuevo modo de vida al tiempo que se mantienen fieles a las tradiciones de sus antepasados y de su fe.

Por consiguiente, éste es en última instancia un libro muy personal, una especie de reconocimiento de mis propias raíces. Podría contemplarse como un libro dirigido a Sahra, la hermana pequeña que dejé atrás en el mundo del que escapé. Pero también es el diálogo que me gustaría haber mantenido con mi familia, sobre todo con mi padre, que otrora entendió e incluso promovió la vida moderna que llevo hoy, antes de volver a caer en el trance de la sumisión a Alá. Es asimismo la conversación que me gustaría haber mantenido con mi abuela, quien me enseñó a honrar nuestro linaje por encima de todas las cosas.

Durante la escritura de este libro tuve constantemente presente al hijo de mi hermano, Jacob, que crece en Nairobi, y a la hijita de Sahra, Sagal, nacida en una burbuja de Somalia en suelo inglés. Espero que ambos crezcan sanos y fuertes, pero también, y ante todo... libres.

Título de la edición original: *Nomad. From Islam to America.*
A Personal Journey Through the Clash of Civilizations
Traducción del inglés: Gemma Deza Guil, 2011

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: agosto 2014

© de la canción «You've Got To Be Carefully Taught», de Richard Rodgers
y Oscar Hammerstein II: Richard Rodgers y Oscar Hammerstein II, 1949.

© renovado por WILLIAMSON MUSIC, propietaria de los derechos
de reproducción y todos los asociados en todo el mundo. Derechos de reproducción
internacionales. Reservados todos los derechos. Letra de la canción reproducida
con autorización. © de la canción «America», de West Side Story, compuesta por
Leonard Bernstein y con letra de Stephen Sondheim, 1956, 1957, 1958
y 1959: Amberson Holdings LLC y Stephen Sondheim. © renovado por Leonard
Bernstein Music Publishing Company LLC, Boosey & Hawkes, Inc., agente en
exclusiva. Derechos de reproducción internacionales. © de la canción «Gee, Officer
Krupke», de West Side Story, compuesta por Leonard Bernstein y con letra
de Stephen Sondheim, 1956, 1957, 1958 y 1959: Amberson Holdings LLC
y Stephen Sondheim. © renovado por Leonard Bernstein Music Publishing
Company LLC, Boosey & Hawkes, Inc., agente en exclusiva. Derechos de
reproducción internacionales

© Ayaan Hirsi Ali, 2010

© de la traducción: Gemma Deza Guil, 2011

© Galaxia Gutenberg, S. L., 2014

Fotografía de cubierta: © SIPA/Cordon Press

Conversión a formato digital: María García

Depósito legal: B. 7795-2014

ISBN: 978-84-16072-75-0

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo
los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta
obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra
forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares
del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
<http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.